

Abriendo la Caja de Pandora Una aventura por el laberinto de la historia familiar

Ponencia presentada en la Societat Catalana de Teràpia Familiar y artículo publicado en el número 42 (junio de 2009) de la revista Mosaico, de la Federación Española de Asociaciones de Terapia Familiar.

Con este trabajo os queremos hablar de una experiencia. ¿De qué podemos hablar, más que de experiencias? Se trata de una experiencia profesional y también personal. Una experiencia como terapeutas de familia. ¿Qué es un terapeuta de familia? ¿Qué es un terapeuta? ¿Qué es una familia? Como veis, tenemos muchas preguntas. Y algunas respuestas. Precisamente, uno de los aprendizajes de esta experiencia es que un terapeuta tiene, sobretodo, preguntas. No hay respuestas unívocas, ni verdades absolutas, aunque tampoco nos gustaría caer en el relativismo del todo vale. Desde el respeto por casi todas las opiniones, no tenemos doctrina, pero sí algunas convicciones. Convicciones epistemológicas que nos ayudan a ordenar nuestro pensamiento y que iremos desgranando a lo largo de este trabajo.

Una de estas convicciones es la riqueza del trabajo en equipo. Se ha hablado mucho acerca del trabajo en equipo. Quizás más de lo que verdaderamente se ha experimentado. Porque trabajar en equipo es doloroso, es una cura de humildad, es aprender a escuchar, a cambiar de opinión, a aceptar el error, a rectificar. Por eso es una experiencia rica en aprendizajes, además de divertida.

Nos hemos formado en el Centro de Terapia Familiar de Barcelona, en la calle Londres, dirigido por el Dr. Albert Sarró Martín. Cuando nos conocimos no éramos un equipo, pero teníamos las semillas para serlo. Teníamos sencillamente las ganas de pasar una experiencia juntos, una experiencia clínica, de supervisión, de trabajo en equipo y con familias que presentaban dificultades importantes en su proceso de crecimiento.

En cierta medida, estábamos decepcionados del camino que había tomado la terapia familiar, cada vez menos familiar, más individual, menos relacional, más intrapsíquica, más diagnóstica, menos comprensiva de los procesos y las historias. En definitiva, menos humana.

Estábamos decepcionados, pero también ilusionados de empezar esta aventura –que duraría un año- a partir de un programa sugestivo propuesto por nuestra supervisora, Lolita Albaladejo, supervisora clínica y docente del Centro de Terapia Familiar de Barcelona, un referente en nuestra formación como personas y como terapeutas de familia que había sembrado las semillas de nuestro encuentro ya en el año 1996, cuando participamos en su curso La Ruta de los Orígenes del Terapeuta de Familia, y años más tarde esta experiencia tuvo continuidad en espacios y cursos de praxis clínica y supervisión.

Dicen que “Dios los cría y ellos se juntan” y, probablemente, este viejo dicho se ajustaría a la constitución de nuestro equipo. ¿Qué tenemos en común? Una insaciable sed y ganas de aprender, de comprender mejor a las personas y las familias que comparten con nosotros su dolor y su experiencia. Con estos deseos, inquietudes y necesidades, nos encontramos en un espacio que fuimos configurando como propio, íntimo, con la confianza que nos daba la presencia de nuestra supervisora.

Corría el año 2006 cuando alrededor de nuestra supervisora comenzó a constituirse un grupo de trabajo formado por trabajadores sociales, psicólogos, pedagogos y psiquiatras. Diez personas que participaron en las semillas de esta experiencia. Las cinco que firman este trabajo más Jordi Bautista, Gemma Pons, Isabel Martínez y Miguel Martínez. Ellos también forman parte de la historia de esta reflexión que queremos compartir con vosotros.

Nuestro deseo era constituir un espacio reflexivo de investigación, incorporación y articulación clínica y teórica con la implicación personal del terapeuta, mediante el trabajo con familias de estilos comunicacionales confusos, rígidos y metafóricos.

Hacernos preguntas es condición indispensable para reflexionar e investigar, para adentrarnos en esos laberintos que son las historias, las relaciones y la comunicación familiar. ¿Cómo comprender a una familia si no conocemos su historia? En estos tiempos de recuperación de la memoria histórica, nosotros queremos recuperar la historia y despertar la memoria de la familia, porque estamos de acuerdo con el pensamiento de que **olvidar la historia es crear las condiciones para repetirla.**

Esta era nuestra propuesta a las familias que atenderíamos: no queríamos curar ninguna enfermedad, queríamos entender y reconstruir la historia familiar de tres generaciones. Ha quedado dicho, queríamos adentrarnos en las historias familiares, caminos que pueden transformarse en laberintos cuando la comunicación es distorsionada, cuando se dicen unas cosas y se hacen otras, cuando no se puede hablar de lo que hace daño y el dolor no tiene más remedio que expresarse de forma encriptada, codificada.

Descubrir los códigos de la comunicación familiar era clarificar los mensajes y abrir una Caja de Pandora llena de traiciones y venganzas, de instigaciones, embrollos y seducciones. Como dice la Dra. Mara Selvini-Palazzoli en su libro "Los juegos psicóticos en la familia": *"El embrollo es inseparable de la connivencia. La instigación es inseparable de la seducción. En los juegos humanos, conductas en apariencia opuestas entran inseparablemente en colusión en un mismo proceso interactivo"*.

Lo más difícil fue no quedar petrificados por el síntoma, encantados por el paciente identificado, limitados por la luz cegadora del diagnóstico. Queríamos ir más allá, justamente a la historia, para reencontrar a la familia, las relaciones, la experiencia, las personas.

En este viaje nos han acompañado Bateson, Von Foerster, Mara-Selvini, Morin, Maturana, Minuchin... Ellos nos han aportado complejidad, implicación, orden y proximidad.

En el Congreso Internacional de Roma del año 2000, dedicado a los pioneros de la terapia familiar, el profesor Mauricio Andolfi ya señaló que si los terapeutas de familia desmembrábamos a las familias, la terapia familiar no tenía futuro. Nosotros echábamos en falta el espíritu de los pioneros, aquel espíritu que nos había llegado a través de nuestra formación y de las lecturas. Un espíritu que humaniza a las familias, que entiende que toda conducta –también la más loca– es comunicación, y no sólo la manifestación de una enfermedad, en el caso de la locura.

Hemos querido incorporar de los pioneros la convicción de que todas las conductas tiene un sentido, hace falta que el terapeuta sepa entender el contexto, el proceso, la historia que les confiere sentido comunicacional.

Os queremos presentar dos historias familiares. La historia de una familia que llamaremos Castillo Mendoza y la historia de una familia que llamaremos Foix Feliu. Naturalmente, los nombres de los protagonistas han sido inventados.

Historia de la familia Castillo Mendoza: un cuerpo con tres cabezas.

Como ya hemos señalado, el objetivo que guiaba el trabajo con esta familia era el interés por comprender el proceso evolutivo y relacional que los había llevado a una historia de sufrimiento, dificultades, amor y desamor.

La petición que nos llega por parte del padre en la conversación telefónica previa a la primera entrevista es la de "*necesitamos apoyo para seguir sobreviviendo*". Nos dice que su hijo "*tiene un ramalazo esquizoide y a los 18 años se defenestró. Fue un milagro que no le pasara nada*". El chico se lanzó desde un tercer piso en el momento en que el padre salía de la habitación en la que lo vigilaba. Hace más de 12 años que está en seguimiento por el mismo psiquiatra.

La familia es derivada por una de las profesionales del centro de inserción laboral donde, cuando no está de baja, trabaja su hijo, Manuel Jorge.

Realizamos nueve sesiones a lo largo de nueve meses. Nunca faltaron a ninguna, siempre fueron muy puntuales y se sentaron siempre en la misma disposición, como si la sillas llevaran sus nombres grabados (hijo, padre, madre, en semicírculo).

Se trata de una familia cálida, extremadamente educada y muy colaboradora. Manuel es el padre, tiene 64 años. Se define como un hombre que siempre se desvivió por su trabajo. Desde que se jubiló, hace 5 años, colabora altruistamente en una ONG. Ana, la madre, de 59, es quien participa más activamente en las entrevistas, "defendiendo" a su hijo ante las posibles críticas del padre. Manuel Jorge, el gran hijo de 31 años (es alto y corpulento), habla como un adolescente de unos 14 años. Prefiere que le llamen Jorge, aunque todos los primogénitos de la familia paterna se llaman Manuel.

La familia paterna, oriunda del sur, se vio obligada a emigrar a Barcelona tras el fracaso del negocio familiar del que vivían. En palabras de Manuel, esto supone la disgregación familiar. Manuel, tras finalizar los estudios de maestría industrial, a los 17 años, sigue a su hermana mayor a Barcelona en busca de un futuro más esperanzador. Poco después llegaron sus padres con los hermanos pequeños.

Años más tarde emigra junto a su padre y su hermano a Australia. Al cabo de un par de años, al no adaptarse a aquel lugar, el padre vuelve a Barcelona. En el momento de la despedida, y ante las lágrimas del padre, desolado, por dejar tan lejos a sus dos varones, Manuel promete a su padre que él no tardaría en volver.

Cumpliendo su palabra, dos años después Manuel volvería a España, pudiéndose colocar en la SEAT al poco de regresar. Su hermano permaneció en Australia y allí formó su familia.

Manuel dice que se acuerda mucho de sus padres, *"lo eran todo para mí "*, señala, y se define como muy de su padre. Ante esta afirmación, la terapeuta hace un comentario en el sentido de tener la impresión de que él era más bien muy de la madre. Ana, su mujer, no desaprovecha la ocasión para "bromear" y decir: *"ahora que no me oye, le digo que él era muy de su madre"*.

La familia de Ana procede de Cáceres, lugar donde vivió su niñez rodeada de la familia materna. Ana relata una infancia viajera a partir de los 10 años debido a los distintos destinos del padre, que era guardia civil. *"En cada pueblo se quedaba un mueble"*. Recuerda que su padre *"no soportaba las injusticias, aunque en su casa las cometía. Era muy querido fuera de casa, pero en casa era un infierno"*.

La relación con su padre es muy ambigua, no acaba de aclarar cuales son sus sentimientos. Ante la pregunta de si le tenían miedo, responde que a ellos nunca les pegó. Que tenían miedo por su madre. Ana justifica el "alcoholismo" de su padre y sus conductas agresivas por la infancia tan desgraciada que vivió (la palabra entrecomillada es nuestra, ella nunca utilizó una palabra tan clara y vehemente).

La relación con su madre se manifiesta mucho más clara: *"era una santa"* (confirmado por su marido), *"con ella hemos tenido padre y madre"*.

Ana cursó estudios secundarios, siendo una alumna aventajada. A los 22 años emigra a Barcelona junto a su familia. Al poco tiempo a su padre le ofrecen una portería. Su madre, toda una señora, vivió como una humillación ser la portera. Era mucho más señora que cualquiera de los inquilinos del inmueble. Ana explica que su madre siempre iba pintada y arreglada, incluso en casa.

Manuel y Ana se conocen en Barcelona durante la verbena de San Pedro de 1967. Se gustaron enseguida. Ella buscaba un hombre íntegro, que la supiese defender. Él pronto visita a su familia política, mientras que ella necesita que pase un año para ser presentada formalmente como novia. Ana percibe desde el principio el rechazo de su suegra, quien considera que ella no está a la altura de su hijo. Incluso le escucha decir que otras muchachas sí que le parecen buenos partidos.

Ana dirá de su suegra que era una mujer muy exigente, muy recta, muy especial. Manuel comenta que no hubo nada que le hiciera sospechar de la actitud hostil de su madre para con su novia. Ana aclara que nunca le dijo nada a su marido, porque sabía lo que él quería a su madre.

Tras dos años de noviazgo –queda claro que no exentos de rechazo por parte de su suegra- deciden casarse, quedándose a vivir en la casa de los padres de Manuel. Al cabo de un año de convivencia, él solicitó un piso en su empresa. Le cedieron uno de 50 m². Ana ya estaba embarazada de 3 meses. Todos contentos con esta adjudicación, incluso los suegros, que también contaban con trasladarse.

Para evitar la nueva compañía de sus suegros, Ana encuentra una manera "muy elegante", según sus palabras, de decirles que no cabían en ese piso tan pequeño: colocar una máquina de coser en la habitación en la que su suegra ya había colocado un armario. Al verla, la suegra sólo musitó "entonces aquí no cabe la cama...". No obtuvo respuesta.

Algo nos llamó la atención en esa secuencia, ¿no sería la máquina de coser un mensaje encriptado? Entonces, para entenderlo tendríamos que descifrar el código, y para conocer el código necesitábamos la historia familiar. Código, mensaje, comunicación, historia. Las conexiones nos llevaron a Bateson y su artículo "Estilo, gracia e información en el arte primitivo", en el que nos habla de las señales icónicas. ¿Cuál era el significado oculto tras la inocente apariencia de una máquina de coser?

La -en apariencia- insignificante máquina de coser formaba parte de un diálogo familiar secreto y oculto en el que se jugaban venganzas refinadas, ajustes de cuentas acumuladas a lo largo de años de dolor. Y venía a decir muchas cosas, la más suave quizás algo así como "párate esa", siempre sin despeinarse, sin rebajarse, sin decir una palabra altisonante.

A continuación transcribimos la secuencia, reconociendo que una transcripción nunca hará justicia a la riqueza del lenguaje analógico presente en una entrevista familiar.

Recordamos que la terapeuta está explorando el momento en que la pareja obtiene un piso propio gracias a la SEAT y qué sucede ante la posibilidad de que los padres del esposo también se instalen en el mismo domicilio.

Ana, la esposa: *verá que es curioso, usted (se refiere a la terapeuta) es moderna, es muy joven y ahora las jóvenes tienen la virtud de ser sinceras a la cara, y yo lo veo fantástico, pero entonces tenías que andar.... porque él (se refiere a su esposo) quería a sus padres, entiéndame... yo tenía que ser elegante...tenía que andar... buf, las mil y una... Entonces ella (se refiere a su suegra) pone su armario, y mi madre cuando me casé me regaló una máquina de coser, como ya sabe... Yo soy modista, así que una máquina de coser a mí me hacía mucha ilusión, y entonces tenía un comedorcito, una habitación justita y esa habitación que era pequeña relativamente, ahí le cogía el armario, su cama de matrimonio, y no sé, no sé, y digo yo, bueno, dónde pongo yo la máquina de coser, pues la pongo al ladito del armario, en esa habitación... Si tu pones la máquina de coser, de las de antes, no se si tu has visto alguna vez...*

Terapeuta: *sí*

Ana : *con sus pies, su cabeza y todo eso, que luego yo la arreglé*

Terapeuta: *de mármol*

Ana: *no, de mármol no, de madera, o sea era un mueble que luego la adapté más moderna, que aún la tengo eh, tengo la plancha, cuando me casé, y la máquina de coser, todo lo conservo, por decir que conservo hasta la lavadora primera que tuve y va fantástica, eh (...)* bueno, entonces yo puse allí la máquina de coser, ya le digo que era una máquina de coser que ocupaba, entonces claro, "ahora ya con esta máquina de coser a mí no me coge la cama !!!" (Ana cita textualmente lo que dijo su suegra) y yo callada, yo no dije nada, y que se vaya ya !! pero ella fue suficientemente inteligente para darse cuenta de que no podía estar.

Manuel, el esposo: *yo estaba al margen de todo esto.*

Ana: *claro, tú estabas al margen y no al margen, porque tú viste que allí estaba la máquina de coser, claro, fue una manera muy elegante por mi parte de decir no, o sea, no es que no haga falta es que no la quiero, y ellos eran jóvenes todavía.*

Manuel se precipita en aclarar que él "estaba ajeno a todo esto y que nunca percibió nada". Sólo ante lecho de muerte de su anciana madre, cuando ésta le gira la cara a sus besos, se da cuenta de su rechazo y entiende que al casarse con Ana, según sus palabras, fue "recalificado" como hijo, dejando de ser el favorito.

Volvamos al hilo de la historia: Ana pasa bien el embarazo, aunque muy sola, Manuel viaja cada semana. Durante los viajes, Manuel, que tiene una llamada telefónica diaria permitida por la empresa, elige realizarla a su madre, y no a su mujer. A su esposa, "no le importaba", según la propia Ana.

El parto fue fácil y el niño grande y hermoso. Lo llamaron Manuel Jorge, para que ambas familias estuvieran contentas. A los 40 días de vida el pequeño casi se les muere de desnutrición. Vomitaba cuanto comía. Según la abuela paterna, es normal que los recién nacidos vomiten porque están llenos de leche. Según la abuela materna, esto no es normal y hay que llevarlo al mejor especialista en pediatría de la época. En esta ocasión, gana la abuela materna y corren al pediatra. El especialista les comenta que el niño sufre un problema de píloro, que se puede solucionar con unas sencillas recomendaciones posturales.

A pesar de que el desarrollo de Jorge a partir de este momento es muy bueno, (anda, habla y controla esfínteres con una edad adecuada), siendo un bebé agradable y tranquilo, el padre sigue pensando que quizá la desnutrición sufrida ha sido la causa de sus males actuales.

Cuando Jorge tiene 4 años su madre da a luz una niña que nace con espina bífida y fallece a los pocos días. Esta experiencia resultó trágica para ambos padres. Hablan de ella con la misma intensidad afectiva con la que explicarían una experiencia muy reciente -como si hubiese sido ayer- aunque han pasado ya más de 25 años. Sorprendentemente, Jorge no recuerda nada.

Ante el interrogante de por qué no tuvieron más hijos, Manuel comenta que él hubiese querido tener una familia numerosa, tal como la tuvieron sus padres. Sin embargo, los esposos nunca lo hablaron. Dice Manuel: *"he sido muy respetuoso, yo acepté que ella no quería"*. Añade que sintió mucha rabia por no tener más hijos, pero se sacrificó *"por la felicidad de su esposa"*.

Ana quedó afectada por una importante depresión tras la pérdida de su hija. En ese momento empezó a pensar que todos los hijos que pudieran tener se verían afectados por alguna malformación.

En esta misma época, la abuela paterna empieza a señalar que Jorge tiene comportamientos extraños y que no cuenten con apuntarlo en el mismo colegio que sus primos... Ana se queja de que estas críticas nunca se mencionan con claridad. Sólo se dejan ir, sutilmente. ¿A quien iban dirigidos estos comentarios? La madre responde: *"a mí, para hacerme más daño"*.

Con todo, siguiendo el criterio de la abuela paterna, llevan a Jorge a un psicólogo, quien recomienda que mediquen al niño porque es muy movido. El niño movido, con el paso del tiempo y la mirada de sus padres, se transformó en un joven de 16 años con problemas psicológicos. A los 18 años intentó matarse al lanzarse al vacío desde un tercer piso, delante de su padre, que lo vigilaba.

¿De dónde procedía la desesperación del hijo? Buscando pistas encontramos el artículo "De Versalles a la Cibernética", donde Bateson nos dice que "los pecados de los padres recaerán sobre los hijos hasta la tercera y la cuarta generación". Este pensamiento daba sentido a la exploración de la historia familiar trigeracional. "Los padres comieron frutos amargos y los hijos tienen dentera".

Una generación planta la semilla del odio, de la rivalidad y la incompreensión que darán los frutos envenenados que recogen generaciones posteriores, que desean ser amados pero no saben por qué se les ama y odia al mismo tiempo. Es la locura.

Entonces, ¿quién es en realidad el paciente identificado? ¿El individuo o las premisas que gobiernan la organización familiar, según las cuales el proceso de diferenciación es equivalente a la destrucción de la familia?

De hecho, la madre comenta que cuando su hijo está mal a ella le duelen las articulaciones. El padre exclama *"vivimos para él"*, y señala que su vida con Ana *"es como una balsa de aceite, todo bienestar, si no fuera por las discusiones que genera Jorge"*.

Son como un cuerpo con tres cabezas

Historia de la familia FOIX FELIU: dos coronas y una sola cabeza.

Con la familia Foix Feliu estuvimos trabajando a lo largo de ocho sesiones, a un ritmo de una sesión mensual.

La derivante –psicóloga de un centro de disminuidos psíquicos- nos habla de una familia con un padre, una madre, un hijo y una hija, una chica de 30 años con un diagnóstico de trastorno límite de la personalidad.

La madre, en una llamada telefónica previa a la primera entrevista, aporta el interés de su hijo –el hermano mayor de la chica- por una terapia familiar. En la misma llamada nos explica que la pareja de su hijo es médico y tiene una hermana anoréxica. Nos llama la atención que nos aporte esta información. ¿Por qué quiere que sepamos que la hermana de la mujer de su hijo es anoréxica? ¿Por qué la madre pone por delante el interés de su hijo en una terapia familiar?

Empieza a despertarse en nosotros no sólo la curiosidad por la familia, sino las conexiones con un artículo de la Dra. Mara Selvini-Palazzoli publicado en el año 1985: “El problema del hermano como la persona que deriva”. Aunque no era estrictamente el hermano el derivante, sí era el impulsor de la consulta a nuestro Centro.

La familia Foix Feliu viene de la Terra Alta, comarca de la provincia de Tarragona, tierra de viñedos de donde es originaria la rama paterna. El padre, Pedro, tiene 59 años. Es albañil, trabajador de una fábrica y trabajador de la tierra. Dedicar 14 horas diarias a trabajar. Sólo decir que los domingos, que Dios inventó para descansar, él seguía trabajando como taquillero en el cine del pueblo.

La madre, María, tiene 60 años. Originaria del Delta del Ebro, es también muy trabajadora. Hablando de ella y de su historia nos dijo “*yo soy la desplazada*”. La madre nos presenta a su familia como diciendo, implícitamente: “*Mirad, mi marido está desmotivado, mi hija es rarita -¿quizás también desplazada?- y mi hijo, él sí, es extraordinario*”. Eso es lo que nos transmitía la Sra. María.

Analógicamente, el padre transmite falta de motivación por la consulta: toma asiento con aire desganado y malhumorado, las piernas estiradas y las manos habitualmente entrelazadas mientras los pulgares se mueven en forma de círculo. La madre se presenta con un tono resignado que sugiere que la esperanza está definitivamente perdida, aunque aparentemente está dispuesta a cualquier cosa por su hija. De hecho, durante una sesión sentencia “*yo ya estoy bien como estoy*”.

Pedro y María tuvieron dos hijos. El mayor es Juan, 34 años, economista. Guapo, de buena presencia y vestido impecablemente, es ejecutivo de recursos humanos de una importante aseguradora multinacional. Vive en pareja y están a punto de casarse. Tienen ya una hija de 2 años. En la primera sesión manifestó que le gustaría recuperar una familia de "VALORES SANOS Y COHERENTES", valores que él atribuía a los abuelos paternos. Juan tiene, por decirlo así, la "capacidad" de traer a su familia a la consulta. Es indudablemente el miembro de la familia más competente y prestigioso, y que además tiene una pareja que es profesional de la salud mental. Estas observaciones nos animaron todavía más a revisar la experiencia que la Dra. Selvini explica en el artículo citado.

Una de las preguntas que nos hacíamos era: ¿por qué el hermano impulsa en este momento la consulta familiar? Una de las posibles respuestas consistía en que el hermano aún disfruta de las gratificaciones de su posición privilegiada, pero al mismo tiempo su nueva familia le reclama y le pide implicación: convive en pareja, es padre de una hija de 2 años, está a punto de casarse y está en proyecto un nuevo hijo. Por lo tanto, Juan podría sentir la necesidad de romper las cadenas que lo atan a su familia de origen. Como dice Mara Selvini: "De hecho, el hermano ha pagado y continúa pagando caro su prestigio, teniendo que luchar con los continuos reclamos y demandas de sus padres, teniendo que gastar gran cantidad de energía y tiempo, sufriendo ansiedad y teniendo que cargar sobre sus espaldas responsabilidades irrenunciables" (opus cit.)

Cuatro años más joven que su hermano, Marga es la paciente identificada. 30 años. No es exactamente guapa, pero cuando se arregla gana en atractivo. Su padre dice de ella: "*nunca ha ganado un duro*", un pensamiento que para un trabajador nato como él resulta insoportable. Marga está realizando un curso pre-laboral y, según su hermano, le falta constancia y vive como si tuviera 15 años. Asiste a un centro de minusvalía física y psíquica, donde trabaja la derivante. En el transcurso de una sesión el terapeuta dijo de Marga que le parecía una persona muy observadora, a lo que la madre replicó rápidamente en una especie de redefinición: "*no es que Marga sea observadora, es más bien muy crítica*". Era como si a la madre le costara aceptar que su hija también tenía cualidades destacables.

Entre el nacimiento de Juan y de Marga hubo un aborto espontáneo, una criatura que –en palabras de la madre– "*no nació bien*".

Los padres se conocieron bailando en la fiesta mayor del pueblo. Tenían 18 años él y 19 ella. Se hicieron novios poco después de la muerte de la madre del padre. El noviazgo duró 8 años (es evidente que eran otros tiempos). El día de la boda el cura tuvo doble trabajo, porque se casaron en la misma ceremonia Pedro y María y también la hermana de Pedro. La pareja se quedó a vivir en la casa familiar paterna, donde ya vivían el abuelo y un tío abuelo, hombre soltero y de gran prestigio en el pueblo. María dice que fue a una casa a cuidar hombres que, eso sí, fueron muy buenos con ella. Y de su marido dice: "*¡cuesta más conservarlo que enamorallo!*".

A los tres meses de casarse, María quedó embarazada. Aprovechando un viaje de fin de semana a Andorra –que les había tocado en un sorteo- informó a su marido de que serían "*uno más en la familia*". El primogénito nacería 9 meses y 9 días después, por cesárea, en un parto difícil porque el niño llegaba "*sentado*". ¿Quizás sentado en un trono real? Y los reyes, ya se sabe, necesitan coronas.

Lo primero que el padre le dijo a su hijo nada más verlo, recién nacido, como aquel que dice todavía conectado a la madre por el cordón umbilical, fue: "*¡Ep, chaval, que soy tu padre!*". Ya se sabe que este cordón umbilical une madres e hijos durante muchos años, a veces más de los que estamos dispuestos a reconocer. En esta familia se cumplía la clásica observación empírica de que los hijos son de las madres y las hijas de los padres, con la diferencia de que entre padres e hijas no hay cordones umbilicales. ¿O quizás sí?

Volviendo a nuestra familia, lo curioso del caso es que al nacer la hija, cuatro años después de su hermano, lo primero que dijo la madre al despertar de la anestesia fue: "*¿y el niño? ¿dónde está el niño?*". El niño ya era la niña de los ojos de su madre, había empezado la que sería una larga historia de intimidad y particular proximidad entre la madre y el hijo, otra de las características del hermano prestigioso del que nos habla la Dra. Selvini.

El niño, Juan, recuerda una infancia feliz, aunque con algunos episodios enuréticos y encopréticos tras el nacimiento de su hermanita. Sin embargo, insiste en lo de feliz. Recuerda perfectamente el momento y el lugar en el que su madre le explicó que tendría un hermanito (que luego resultó hermanita): en un campo de fútbol. Tenía 4 años y el recuerdo de ese momento es vivo, fresco, intenso. Esto nos hace pensar en cómo, muchas veces, los propios terapeutas que nos adentramos en el recorrido de nuestra historia familiar de tres generaciones –en la Ruta de nuestros Orígenes-, alegamos desmemoria sobre experiencias clave de nuestra infancia. Como si al profundizar en nuestra historia personal, la conexión con el niño o la niña que fuimos quedara adormecida por un pensamiento que enfatiza la técnica y la teoría –absolutamente necesarias-, pero que da poca relevancia a la experiencia personal del terapeuta, desaprovechando los recursos que esta experiencia nos aporta.

Nuestro Juan era un niño de 4 años cuando llegó su hermanita a casa. Un niño que pensaba: "si ella se queda con el biberón, si ella se hace pipí y caca y entonces se queda en casa con la mamá, yo también querré el biberón, me haré pipí y caca y así me podré quedar con la mamá en vez de tener que ir a la escuela". No crean que este hipotético pensamiento del niño es una interpretación nuestra, así es como nos lo contó Juan en una entrevista recordando aquel momento de su historia. Recuerdo, por cierto, muy celebrado por la madre como una muestra de inteligencia del niño. Juan nos explica que "hacerse pipí y caca" era una consecuencia de los celos, "*lo normal en los críos*", apostilla. Es curioso que lo que toda la familia ve como normal en el caso de Juan, después en el proceso evolutivo de su hermana se verá como "raro" y "enfermizo", especialmente desde el punto de vista de la madre.

Y es que precisamente durante el parto de Marga la madre sufrió un ataque de riñón. Además, los médicos tuvieron que aplicar unas ventosas sobre la criatura para que pudiera salir del útero, provocándole un hematoma en el lado izquierdo de la cabeza. El padre de todo esto no se acuerda. ¿Por qué? "*Cuando no te acuerdas, no te acuerdas. No hay ninguna explicación*", sentencia el señor Pedro con total certidumbre.

Cuando Marga tiene unos 10 meses de edad, su madre empieza a preocuparse porque la niña "*no hacía lo que tenía que hacer*", desde el punto de vista evolutivo. Un electroencefalograma descubrió una "*pequeña cosa*" en la parte izquierda del cerebro que parecía que no funcionaba como debía. Empezaba a construirse la niña "rarita", "diferente", "enferma".

La madre estaba convencida de que "*esta niña tiene algo que no le funciona*". Ella era siempre la que llevaba la niña a los médicos, sin la colaboración del padre. A los 3 años y medio la llevó al neurólogo, al psicólogo y al oftalmólogo. Le detectaron una venita de la cabeza obstruida. Existía el 99% de posibilidades de que fuera a causa de aquella ventosa de cuando el parto. Esta venita obturada explicaba las somnolencias epilépticas, la rareza de aquella niña durante toda su infancia.

El padre, sin embargo, era claro al decir que él había visto a su hija como una niña "*normal*" hasta los 10 años. Fue entonces cuando empezó a romperse el idilio entre el padre y la hija. Preguntamos a Marga: ¿en qué momento tienes el sentimiento de que perdiste a tu padre? A los 14 años, nos contesta. A los 14 empiezan las broncas. El padre está de acuerdo, algo se rompe cuando ella empieza a "*putearlos*", en palabras textuales y todavía cargadas de rabia. Vale la pena remarcar que cuando Marga tiene 14 años su hermano deja la casa familiar para instalarse y estudiar en Barcelona.

El padre empieza a “*pasar*” de su hija para no “*amargarse*”, según sus palabras. Renuncia a su implicación como padre, mientras que la madre busca y encuentra en su hijo un “*apoyo psicológico a distancia*”, según la expresión del hijo. El rey –el padre- renuncia a la corona, y es el hijo quien la recoge y se la pone, con la ayuda de la madre.

Desde la marcha del hijo de la casa, la hija entra en una espiral de conductas cada vez más provocativas y vengativas: roba dinero, gasta barbaridades en teléfono, consume drogas, desaparece durante días, se relaciona con chicos irresponsables. Se configura una historia en la que el padre se desentiende y la madre reclama el apoyo de su hijo, ni que sea a distancia, porque ya sabemos que las emociones no toman en consideración las distancias geográficas. ¿No está la madre de alguna manera diciéndole al hijo “¿cómo nos puedes abandonar ahora, con una hermana tan enferma?”. El hijo no puede dejar de responder al requerimiento de su madre, porque continúa la implicación emocional con ella. ¿Realmente el hijo ha podido marchar de su familia? Lo intenta desde una posición de prestigio y de competencia para resolver problemas, de aquí su determinación de traer a su familia a terapia.

El hermano prestigioso actúa de buena fe, pero vive en un error epistemológico al pensar que él está en un nivel diferente al del resto de la familia, cuando en realidad no puede evitar ser una parte integrante de la familia. Mara Selvini bebe de las fuentes inspiradoras de Bateson, que en su artículo “La cibernética del sí-mismo: una teoría del alcoholismo”, nos dice que “*los miembros de un sistema pasan a ser elementos de un circuito en el que ningún elemento puede disponer del control unilateral de los demás*”.

Nos llamó la atención la llamada telefónica de la madre posterior a la primera entrevista para informarnos de que su hijo no podría venir a la siguiente por cuestiones laborales (en este caso nuestro equipo decidió proponer otro día para asegurar la presencia del hermano); y también nos hacía reflexionar que el hermano llegase tarde a alguna de las entrevistas (en este caso decidíamos no empezar sin él). Parecía como si él pudiera quedar al margen de la familia, situado en una posición superior, y por lo tanto nos enviaba el mensaje de que podíamos trabajar sin él porque, al fin y al cabo, la paciente identificada era su hermana.

La epistemología que propone Bateson y amplía Mara Selvini nos sirvió para no perder la coherencia y no caer en el error epistemológico de trabajar sin la presencia del hermano, error que nos hubiera llevado a cronificar el señalamiento de la paciente identificada como “el problema” de la familia. Y, por tanto, a perder la visión sistémica.

Recuperemos el hilo de la historia familiar. Hace tres años Marga quedó embarazada. Lo dijo a su madre, que se quedó "helada". La primera persona con quien la madre desahogó sus sentimientos de impotencia y desesperación fue...su hijo. Marga finalmente abortaría. Acogimos esta experiencia y nos emocionamos cuando Marga explicó que con este hijo quiso hacer feliz a su madre. Pero Marga lo tenía muy difícil para que su madre aceptara este embarazo como una muestra de amor, como una necesidad de ser también ella querida. Cuántas dificultades para acercarse a la madre.

Todavía recordamos aquella entrevista en la que, al entrar en la sala, Marga se sentó por primera vez en la silla situada al lado mismo de la de la madre, y la madre le dijo como quien no quiere la cosa: "*levántate, que éste es el lugar de tu hermano*". ¿Qué tendría que hacer Marga para acceder al lugar de su hermano? ¿Cómo entender a la madre y su dificultad para acoger el acto de amor de su hija? Sólo podríamos entender a la madre si entrábamos en su historia de dolor, desesperación y también de amor. Este era nuestro deseo: reconstruir la historia familiar de tres generaciones.

Nos acercábamos al final del proceso y teníamos que pensar en qué le diríamos a la familia como cierre. Una vez más la Dra. Mara Selvini nos inspiró la intervención, centrada en la imposibilidad de con una sola cabeza llevar dos coronas. Nosotros pensábamos que Marga todavía estaba a tiempo de cambiar el rumbo de su vida, pero también creíamos que ella sola no podría hacerlo, necesitaba de toda su familia. Por eso pensamos en un cierre que involucrara a toda la familia, como no puede ser de otra manera cuando hacemos terapia familiar. La corona que originalmente pertenece al padre ha pasado al hijo con el consentimiento de la madre, dejando a la hija en el lugar de enferma crónica, "huérfana" de padres que crean en sus posibilidades y por eso enterrada en vida. ¿Cómo resucitar el amor de los padres por la hija? Antes la corona tendría que volver al cabeza de familia...

Transcribimos la secuencia en la que se inscribe nuestra intervención de cierre. El terapeuta acaba de ponerle a Marga en su pierna un grillete, que aunque es de plástico quiere ser una metáfora de la dificultad para crecer y del peso de la condena que representa ser la "enferma crónica". ¿Quiere vivir con este grillete atado a su cuerpo o quiere empezar a mostrar sus recursos? La intervención que sigue está aparentemente centrada en el hijo, pero en realidad es una intervención para toda la familia.

Terapeuta: *tu hermano no lleva un grillete en la pierna, ¿dónde lo lleva...? (silencio). En la cabeza (la madre asiente). El padre renunció y ahora tú (al hermano) llevas el peso...*

Hermano: *te refieres al peso de la familia...al peso de mi hermana...*

Terapeuta: *...me refiero al peso de la corona*

Madre: (que sigue asintiendo ya con una franca sonrisa) *al peso de ser el cabeza de familia*

Terapeuta: (recogiendo el comentario de la madre) *así es en cierta manera... (y ahora dirigiéndose al hermano) pero, ¿tú eres el cabeza de qué familia?*

Hermano: *yo de la mía (con una cierta incomodidad)*

Terapeuta: *¿cómo se puede ser cabeza de dos familias? ¿ cómo puedes llevar dos coronas si sólo tienes una cabeza?*

El padre y el hermano reaccionan inmediata y sintónicamente, como un solo hombre.

Hermano: *a ver a ver...(reaccionando ipso facto) ¡tampoco es tanto!*

Padre: *¡tampoco lleva dos coronas! ¡ahora no lo echemos todo por tierra! Pongamos las cosas en su sitio...*

Mientras los hombres de la familia se defienden alborotados, la madre sonríe, alza el cuello y mueve el pelo de un lado al otro en un gesto seductor. Está sentada justo entre el padre y el hijo. Mientras tanto, la hija mira la escena en un silencio reflexivo, en un extremo, como desde un rincón, sola.

Es importante señalar que todo lo que utilizamos en nuestra intervención final no era arbitrario ni basado en ideas generales aplicables a cualquier familia, sino basado estrictamente en la información dada por la familia sobre su historia.

Y bien, después de presentaros las dos historias familiares nos gustaría despedirnos con una reflexión final.

Reflexión final

Ha sido una experiencia fascinante. Como crecer, un proceso apasionante, pero siempre difícil. Es por eso que nos gustaría despedirnos con semillas de esperanza. Esa que encontramos en el fondo de la Caja de Pandora.

Neus Garriga
Pilar Guillén
Núria Llauradó
Rosa Ocón
Rafael Metlikovez

Equipo de Terapia Familiar Espai Obert
espaiobertbcn@hotmail.com